

ANTROZOLOGÍA: DEFINICIONES, ÁREAS DE DESARROLLO Y APLICACIONES PRÁCTICAS PARA PROFESIONALES DE LA SALUD

Marcos Diaz Videla Lic. en Psicología

(Universidad de Buenos Aires). Doctorando en Psicología (Universidad de Flores). Miembro del Laboratorio de Investigación de Ciencias del Comportamiento de la Escuela Sistémica Argentina.

María Alejandra Olarte Lic. en Psicología

(Universidad de Flores). Doctorando en Psicología (Universidad de Flores). Ayudante de Cátedra de Psicología General I y II (Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Universidad de Flores).

Javier Martin Camacho Lic. en Psicología

(Universidad Kennedy). Prof. Universitario (Universidad del Museo Social Argentino). Dr. en Psicología (Universidad de Buenos Aires). Presidente de la Fundación Foro

Abstract

Human nature has been molded by its interactions with animals, and these have played an essential role in the development of human societies by providing material, instrumental, and emotional resources. Despite the undeniable importance of animals in different aspects of human life, the scientific community has neglected the study of the interaction between human and other species until recently. This was the focus of interest of the anthrozoology: young interdisciplinary science devoted in the study of the interactions between human beings and animals. Anthrozoology has received a growing interest since its origin, little longer than thirty years ago, with a steady increase in its developments and publications. We performed a review of the scientific literature and present the development of a thematic group which comprehends five areas: (1) Involved evolutionary factors, (2) Developmental and learning processes, (3) Associated cultural, collective, and individual factors, (4) Health and well-being, and (5) Animals in the human family. Also, we discuss the anthrozoology developments according to its relevance and usage in health professionals' clinical practice.

Keywords: Anthrozoology, health, human-animal interaction, clinical practice

Resumen

La naturaleza humana se ha moldeado a través de las interacciones con animales, y éstos han desempeñado roles fundamentales en el desarrollo de las sociedades humanas proveyendo recursos materiales, instrumentales y emocionales. Pese a la innegable importancia de los animales en diversos aspectos de la vida humana, la comunidad científica ha ignorado el estudio de la interacción entre humanos y otras especies hasta hace poco. Este fue el foco de interés de la antrozoología: Joven ciencia interdisciplinaria abocada al estudio de las interacciones entre humanos y animales. La antrozoología ha despertado interés creciente desde su origen hace apenas poco más de treinta años, con un incremento sostenido en sus desarrollos y publicaciones. Se revisa la literatura científica y se presentan los desarrollos en una agrupación temática comprendiendo cinco áreas: (1) Factores evolutivos implicados, (2) Procesos de desarrollo y aprendizaje, (3) Factores culturales, grupales e individuales asociados, (4) Salud y bienestar, y (5) Los animales en las familias humanas. Se discuten los desarrollos en antrozoología en función de su relevancia y aplicación en la práctica clínica de profesionales de la salud.

Palabras clave: Antrozoología, práctica clínica, interacción humano-animal, salud

Introducción

Los animales no humanos⁶² han tenido una profunda influencia en las diversas sociedades humanas desempeñando un rol fundamental a lo largo de la historia de la humanidad (York & Mancus, 2013). Su presencia en la vida del hombre se evidencia permanentemente y en diversos contextos sociales; ya sea proveyendo a los humanos de comida y ropa, siendo participantes en investigaciones, mejorando la salud, ofreciendo entretenimiento, placer y compañía (Amiot & Bastian, 2014). Así, los animales desempeñan un rol en casi todos los aspectos de la vida cultural y psicológica de las personas (Herzog, 2011), constituyéndose como uno de los componentes naturales dotado de un alto significado socioeconómico, científico y cultural de una nación (Páramo & Galves, 2011).

Se considera que los vínculos afectivos con los animales fueron decisivos en el proceso evolutivo de la especie humana (Páramo y Galves,

⁶² En adelante se utilizará el término ‘animal’ para hacer referencia a otras especies distintas al *homo sapiens*, distinguiendo así los animales no humanos de los seres humanos.

2011) y que nuestra naturaleza ha sido moldeada mediante las interacciones con éstos (Sheldrake, 2008). Sin embargo las actitudes humanas hacia los animales han aparecido como extraordinariamente variables y arbitrarias en las diversas culturas. Es factible que estas diferencias tengan un origen materialista —existen o existieron motivos económicos relacionados—, como así también determinadas connotaciones emocionales y simbólicas particulares (Kobayashi, 2011; Serpell, 1996b).

Pese a la importancia de los animales en diversos aspectos de la vida humana, hasta hace poco la comunidad científica ha ignorado el estudio de la interacción entre humanos y las demás especies (Herzog, 2012). Por ejemplo a pesar de la innegable influencia de los animales en las sociedades humanas la presencia e importancia teórica de los mismos ha sido pasada por alto en la teoría sociológica (York & Mancus, 2013). Cabe señalar que el foco sociológico convencional se hace en el lenguaje como el vehículo de la comunicación por el cual los significados fundamentales son compartidos en la interacción; desde esta perspectiva prácticamente se han excluido los intercambios sociales entre humanos y animales no parlantes (Sanders, 1999). Otro tanto se da en psicología, desde donde tradicionalmente se investigó utilizando animales para el desarrollo de modelos humanos de comportamiento y para la comprensión de procesos humanos básicos, pero que a pesar del impacto mutuo de humanos y animales en la vida de ambos, escasamente ha estudiado la temática referida a las relaciones humano-animal; siendo este un aspecto importante del ámbito de la actividad del ser humano (Amiot & Bastian, 2014). Para Herzog (2011) las actitudes, comportamientos y relaciones con otras especies se encuentran entre los tópicos que la mayor parte de la gente halla fascinante y que los psicólogos han mayormente ignorado (Herzog, 2011).

La distinción entre humanos socialmente avanzados, humanos primitivos y animales, fue crucial en la definición del objeto de estudio sociológico. En tanto los primeros sociólogos consideraron las relaciones entre humanos como cualitativamente diferentes de las relaciones entre miembros de otras especies, pudieron definir a la sociología como el estudio de estos animales socialmente avanzados (Redmalm, 2013). Y en este orden de cosas se configuró el punto de inicio que incrementó el interés en el fértil campo de la antrozoología (York & Mancus, 2013).

En la actualidad las actitudes hacia los animales han cambiado, y durante las últimas tres décadas las relaciones entre personas y otros animales se convirtieron en un área respetable de investigación (Podberscek, Paul, & Serpell, 2005). Los estudios humano-animal constituyen un “campo interdisciplinario que investiga los lugares que los animales ocupan en el mundo social y cultural humano y las interacciones que los humanos tienen con ellos” (DeMello, 2012, p.4). Dentro de dicho campo se destaca la

antrozología como “el estudio científico de la interacción humano-animal, y de los vínculos humano-animal” (DeMello, 2012, p.5). El foco de investigación está puesto en las relaciones interactivas y recíprocas entre humanos y animales. Este enfoque contrasta con la investigación psicológica previa donde los animales ocupaban un rol más instrumental, para dar cuenta de un amplio dominio de la actividad humana: cómo interactuamos y nos relacionamos con los animales (Amiot & Bastian, 2014).

El campo llamado antrozología conecta una amplia gama de disciplinas que incluyen: antropología, arte, literatura, educación, etología, historia, psicología, sociología, filosofía, medicina humana y veterinaria (Arcken Cancino, 2011; Podberscek, Paul, y Serpell, 2005). Inevitablemente su investigación resulta multidisciplinaria conforme el alcance de sus estudios resulta de interés para un amplio espectro de áreas académicas, y la disparidad de contextos —hogares, laboratorios, zoológicos, salvajes— en los que se despliegan las interacciones humano-animal (Hosey & Melfi, 2014).

Durante los últimos treinta años ha habido un creciente interés en el estudio de las interacciones humano-animal, llevándose a cabo dentro de este novel campo abundante investigación y múltiples publicaciones (Hosey & Melfi, 2014; Walsh, 2009a). Se han desarrollado revistas científicas dedicadas a la antrozología; entre las más destacadas se encuentran *Anthrozoös* y *Society and Animals*. Los desarrollos científicos en este campo llevaron también a la creación de asociaciones como: *Pet Partners*, *Research Center for Human-Animal Interaction (ReCHAI)*, *Human Animal Bond Research Initiative Foundation (HABRI)* y la *International Society for Anthrozoology (ISAZ)* que celebra un congreso anual sobre antrozología. En más de ciento cincuenta universidades y facultades de Estados Unidos se dictan cursos de antrozología y recientemente la *Fundación Affinity* ha creado el primer postgrado de antrozología en España, en la Universidad Autónoma de Barcelona (Herzog, 2012; Meléndez Samó, 2014).

En Latinoamérica hay un grupo interdisciplinario creciente de profesionales e investigadores que ha desarrollado programas de diverso orden ligados a la relación humano animal, pero hay poca investigación en dicha área (Gutiérrez, Granados, & Piar, 2007). En Argentina se encuentra el *Grupo de Investigación del Comportamiento en Cánidos (ICOC)* dirigido por la Dra. Mariana Bentosela que desde el 2007 ha realizado múltiples publicaciones científicas sobre el tema (ver www.canids.com.ar). Sin embargo, posiblemente la mayor presencia de la interacción humano-animal en nuestro país sea en cuanto a los abordajes ligados a la llamada Terapia Asistida por Animales, ya sea mediante el tratamiento o dictado de cursos o posgrados. La Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Rosario dictan cursos de

posgrado sobre la temática. Así también se dictan cursos a través de entidades como: *Asociación Argentina De Actividades Ecuestres para Discapacitados* (AAAEPAD), *Bocalan Argentina*, *Centro Terapia e Intervenciones Asistidas con Animales* (Centro TIACA), *Equipo de Terapias Asistidas con Perros en Pediatría* (ETAP), *Terapia Asistida con Perros Argentina* (TACOP).

Objetivos

Realizar una revisión sobre las publicaciones científicas en el marco de la antrozoología que permitan identificar posibles aplicaciones y su relevancia dentro de las prácticas de salud.

Materiales y método aplicado

El presente estudio incluyó 163 referencias, correspondientes a distintos artículos de revista científicas, capítulos de libro y libros completos. Gran parte de los artículos de investigación empírica.

La correspondiente recopilación de textos fue realizada a través de la base de datos bibliográficos Proquets, MYNCIT en junio 2013 a enero 2015. En cuanto a los criterios de búsqueda empleados se realizó la búsqueda de los siguientes términos: “interactions” + “human-animal”, “anthrozoology”, “animal”, “human-animal bonds”, “pets”. Los mismos localizados en el campo de palabras clave (*keywords-id*). Las referencias obtenidas fueron descargadas y almacenadas.

Desarrollo

La antrozoología aborda el estudio de casi todos los aspectos de nuestra interacción con las demás especies (Herzog, 2012) y por consiguiente el campo resulta diverso y amplio. Para los fines de este trabajo se efectuará una agrupación temática de los desarrollos sobre la relación humano-animal considerando las siguientes áreas: (1) Factores evolutivos implicados, (2) Procesos de desarrollo y aprendizaje, (3) Factores culturales, grupales e individuales asociados, (4) Salud y bienestar, y (5) Los animales en las familias humanas.⁶³

⁶³ En función de los objetivos de este trabajo se omitieron los desarrollos ligados a procesos intergrupos (ver Amiot y Bastian, 2014), así como los desarrollos sobre comunicación interespecífica y cognición animal. Sobre estos últimos se han desarrollado múltiples investigaciones particularmente con perros, los cuales han evidenciado mayores capacidades comunicativas con humanos que otros cánidos, y que especies genéticamente más emparentadas al hombre pero que no convivieron con él, como algunos primates (ver Bentosela y Mustaca, 2007). Los perros demostraron por ejemplo poder discriminar expresiones faciales humanas de enojo y alegría, de expresiones neutrales (Deputte y Doll, 2011); pudiendo discriminar aún en fotografías rostros sonrientes de inexpresivos (Nagasawa, Murai, Mogi y Kikusui, 2011), y pudiendo reconocer cuál es más positiva entre

Factores evolutivos implicados en la interacción humano-animal

Una de las teorías más mencionada acerca de por qué los humanos se interesan por los animales es la denominada *biofilia*, esta fué postulada por Wilson (1984), y ha recibido un creciente apoyo de otros autores (ver Kahn, 1997; DeLoache, Bloom Pickard, & LoBue, 2011; para una crítica ver Joye & De Block, 2011). La biofilia hace referencia a la asociación instintiva que los humanos tienen con el mundo natural; se trata de un atributo intrínseco propio de la naturaleza humana (Wilson, 1984). No se trataría de un único instinto sino más bien un conjunto de reglas de aprendizaje que movilizan una variedad de reacciones emocionales ante los animales que son moldeadas por la cultura (Wilson, 1993). Al respecto, un estudio reveló que niños entre uno y tres años expuestos a juguetes interesantes y pequeños animales se inclinaban a pasar más tiempo interactuando con los animales y hablando sobre ellos; así mismo sus padres tendían a dirigir la atención de los niños hacia los animales (LoBue, Bloom Pickard, Sherman, Axford, & DeLoache, 2013).

La biofilia alude a un determinado tipo de atención selectiva que hace foco en otras formas de vida, lo cual no es inherentemente positivo ni negativo. Los sentimientos ligados a ésta se disponen a largo de un espectro emocional que va desde la atracción a la aversión, del asombro a la indiferencia, de la paz a la ansiedad impulsada por el miedo. Resulta que la mente humana estaría programada evolutivamente para pensar de manera diferenciada sobre los animales y los objetos inanimados (Amiot & Bastian, 2014; Herzog, 2012). Claramente los humanos tienen asociaciones tanto positivas como negativas con la naturaleza, y ciertas predisposiciones biológicas también pueden propiciar el distanciamiento de ciertos animales. El término 'biofobia' alternativamente puede ser utilizado, aunque se considera que biofilia se refiere tanto a las asociaciones positivas como negativas (Kahn, 1997). En esta misma línea la investigación de LoBue y DeLoache (2008) reveló que bebés de entre 7 y 18 meses tenían una tendencia espontánea a asociar serpientes con miedo. Tanto adultos como niños en edad preescolar se mostraron más veloces en detectar imágenes de serpientes entre diversos distractores, que imágenes de seres no amenazantes como ranas, flores y orugas. Se ha demostrado que el sistema visual humano

las condiciones felicidad-neutral-disgusto (Turcsán, Szánthó, Miklósi y Kubinyi, 2014). Este último estudio reveló también que en una tarea de traer objetos previamente asociados con las tres condiciones, los perros anulaban sus propios intereses en la discriminación de objetos y traían el que el dueño prefería. Los perros tienen una habilidad única para reconocer señales de los rostros humanos que pudieron ayudarlos a adaptarse a la sociedad humana (Nagasawa, et al., 2011; Bentosela y Mustaca, 2007). Para otras revisiones en antrozoología ver Halm, 2008; Nimer & Lundhal, 2007; Perkins, Bartlett, Travers, & Rand, 2002; Steed & Smith, 2008.

está desarrollado adaptativamente para distinguir animales en el entorno (Herzog, 2012). La atención visual incluye un sistema especializado para monitorear animales permanentemente, que hace por ejemplo, que los personas se muestren más efectivas para detectar cambios en animales que en objetos inanimados, inclusive vehículos (New, Cosmides, & Tooby, 2007).

Otro factor evolutivo que ha sido destacado sobre las interacciones entre humanos y animales refiere a que los primeros se sienten atraídos de forma innata por todo lo que tenga apariencia de cría —niños, cachorros, patitos. A esto se le llamó ‘respuesta a lo adorable’ (*cute response*; Lorenz, 1943; ver Serpell, 2003). Los animales jóvenes comparten características con los seres humanos de tierna edad: frente y cráneo de grandes proporciones, ojos grandes, mejillas regordetas y contornos suaves (Herzog, 2012); y estas características funcionarían como ‘liberadores de instintos maternales’ porque automáticamente hacen aflorar impulsos parentales.

Las respuestas paternas al esquema infantil resultan adaptativas en su contexto primario, ya que fomentan el vínculo y la provisión de cuidados hacia el infante (Archer, 2011). Sin embargo, la atracción hacia el aspecto de bebé aparentemente es tan fuerte que es activada también por los jóvenes de otras especies. Por ejemplo ver un animal bebé parece ser suficiente para activar algo similar a las conductas que los padres humanos dirigen hacia su propia descendencia (Serpell, 1996b). Este particular rasgo morfológico de retención de características juveniles se llama *neotenia*, y fue uno de los fenómenos que se incrementó durante la domesticación (Gerzovich Lis, 1998).

Un estudio registró los acercamientos de personas a un cachorro de Golden Retriever desde su semana 10 a su semana 33: Los acercamientos fueron más numerosos cuando el cachorro era más joven. Las mujeres se acercaron más que los hombres durante la primera mitad del muestreo, y las proporciones se igualaron durante la segunda mitad (Fridlund & MacDonald, 1998). Otro estudio mostró que los rostros tanto de niños, perros, gatos y oso de peluche que presentaban características neoténicas resultaban más atractivos para las personas; y que los rostros de niños no resultaban más atractivos que los de los cachorros (Archer & Monton, 2011).

La capacidad de pensamiento antropomórfico es otro factor evolutivo que ha sido examinado en la interacción con los animales. En este sentido el antropomorfismo se define como la atribución de estados mentales humanos —pensamientos, sentimientos, motivaciones y creencias— a animales no humanos. Esta habilidad habría permitido al *Homo sapiens* considerar los hábitos y comportamientos de los animales emprendiendo estrategias de cacería más complejas, las cuales requieren planificación y la habilidad de realizar predicciones sobre el comportamiento de la presa (Serpell, 2003).

La capacidad de los humanos de pensamiento antropomórfico puede haber favorecido el proceso de asimilación de las primeras mascotas en las familias humanas, a partir de atribuirles características mentales humanas a estos animales una vez transcurrido el estadio infantil de dependencia y solicitud de cuidados (Serpell & Paul, 2011). El antropomorfismo es un rasgo casi universal entre los tenedores de mascotas, y esto permitió utilizar a los animales como fuentes alternativas de apoyo social, y los recursos para beneficiarse emocional y físicamente de esto (Serpell, 2003). Por ejemplo, la soledad —crónica o inducida— se asoció con una mayor tendencia al antropomorfismo de animales de compañía (Epley, Akalis, Waytz, & Cacioppo, 2008).

La influencia de la interacción humano-animal en procesos de desarrollo y aprendizaje

En las sociedades occidentales los animales —presentes en juguetes, estampados en ropa, dibujos animales, visitas al zoo— desempeñan un rol destacable en la vida de los niños, y el contacto con estos animales, especialmente con mascotas, moldea las actitudes hacia los animales durante la adultez (Serpell, 1999). La tenencia de mascotas durante la adultez, y el tipo de mascota, están fuertemente asociados con su historia en relación a la tenencia de mascotas durante la infancia (Schvaneveldt, Young, Schvaneveldt, & Kivett, 2001). Un estudio entre propietarios de mascotas encontró que quienes habían tenido mascotas durante su infancia resultaban más apegados a estas que quienes habían tenido mascotas por primera vez en la adultez (Kidd & Kidd, 1989).

Para los niños los animales de compañía pueden proveer afecto y facilitar aprendizajes relacionados a biología, y a la adquisición de responsabilidades (Schvaneveldt et al., 2001). La mascota puede convertirse en el hermano menor al cual el niño brinde cuidados (Turner, 2005), mientras a su vez prepara a los niños para experiencias posteriores de la vida: Embarazo, nacimiento y crianza de los hijos, enfermedades y muerte de un ser querido (Cain, 1985; Walsh, 2009b). Así, por ejemplo, un estudio encontró una asociación significativa entre el vínculo establecido por los niños con sus animales de compañía, y puntajes en escalas de competencia social y empatía (Poresky & Hendrix, 1990). Otro estudio con adultos jóvenes universitarios evidenció que quienes habían tenido mascotas durante su infancia mostraban mayores puntajes en empatía, mayor tendencia a elegir carreras ligadas a la ayuda, y mayor orientación hacia valores sociales (Vizek-Vidovic, Arambasic, Kerestes, Kuterovac-Jagodic, & Vlahovic-Stetic, 2001).

El interés hacia las mascotas puede generalizarse hacia el interés por una variedad de especies animales (Serpell & Paul, 1994), y el contacto con

otros animales durante la infancia puede generar actitudes positivas hacia los animales en general. En un estudio realizado en un zoológico, la proximidad visual de los niños hacia los animales, y principalmente el contacto físico, fueron asociados con un incremento del interés hacia los animales salvajes (Kidd, Kidd, & Zasloff, 1995).

Los procesos de modelado a partir de figuras significativas como padres y profesores también ayudarían a dar forma a las actitudes y comportamientos hacia los animales. En un grupo de adolescentes voluntarios en programas de educación sobre la vida silvestre se evidenció que estos habían sido influidos a partir de experiencias tempranas con los padres actuando como modelos, interactuando positivamente con las mascotas (Kidd & Kidd, 1997); y un 72% de los estudiantes de veterinaria refirieron que sus mascotas y sus padres habían influido en el desarrollo de sus valores a favor de los animales (Serpell, 2005). Así también el modelado puede dar lugar a relaciones abusivas y violentas hacia los animales, y el haberse criado en hogares donde se descuidaba o maltrataba animales se asoció a mayor tendencia a la aceptación del maltrato animal (Raupp, 1999). Experiencias de maltrato infantil y violencia doméstica también se asociaron a haber sido testigos o haber perpetuado crueldad con animales (DeGue & DiLillo, 2008).

Un concepto ligado al desarrollo que se ha estudiado en relación a la tenencia de animales de compañía es el de ‘apego’, y para algunos autores (e.g. Sable, 1995, 2013) es imprescindible considerar aspectos ligados al apego para que la tenencia y devoción hacia las mascotas tenga sentido. La teoría del apego está basada en la premisa de que los humanos, como muchos otros animales, están biológicamente predispuestos para buscar y mantener contacto físico y conexión emocional con determinadas figuras familiares a quienes se les confía protección física y psicológica. Bowlby (1969/1998) incorporó principios etológicos a la tradición psicoanalítica de búsqueda de objeto, para dar cuenta del diseño evolutivo de los comportamientos de búsqueda de proximidad. Para un adulto una figura de apego puede ser un esposo, algún miembro de la familia, un amigo íntimo o bien una mascota (Sable, 2013).

Aunque los humanos son considerados los custodios que deben proveer cuidados para satisfacer las necesidades básicas de sus animales, se ha encontrado que tanto humanos como animales pueden funcionar como figuras de apego para el otro. Para evaluar el apego humano hacia los animales se han desarrollado diversos instrumentos⁶⁴ como la Pet

⁶⁴ En el intento de evaluar las características de las interacciones humano-animal más de 140 instrumentos se han desarrollado, los cuales permiten medir los niveles de apego, actitudes, expectativas y niveles de vínculo de las personas hacia los animales. Para una revisión ver Wilson y Netting (2012); para un compendio ver Anderson (2007).

Attachment Scale (Melson, Peet, & Sparks, 1991) para niños, o la Lexington Attachment Scale (Johnson, Garrity and Stallones, 1992) para adultos. Así también la ‘situación extraña’ (*strange situation*), desarrollada para monitorear las respuestas de los niños de alrededor de un año frente a la separación y reunión con los padres, y la presencia de extraños (Ainsworth, 1969; Ainsworth & Bell, 1970), se ha adaptado y aplicado para evaluar qué tipo de apego los animales han desarrollado con sus custodios, describiendo comportamientos similares a los encontrados en las interacciones madre-hijo en esta situación (Palmer & Custance, 2008; Prato-Previde, Custance, Spiezio, & Sabatini, 2003; Topál, Miklósi, Csányi, & Dóka, 1998).

En la literatura relacionada con animales de compañía se plantea la discusión acerca de si el concepto de apego es equivalente en una díada humano-humano y humano-animal (Hosey & Melfi, 2014). Si bien para algunos autores resulta legítimo utilizar el término ‘apego’ en relación a humanos y mascotas (e.g. Kruger & Serpell, 2006; Zilcha-Mano, Mikulincer, & Shaver, 2011, 2012), para otros autores resulta inexacto (e.g. Crawford et al., 2006), y la controversia continúa. De todas formas existe cierto nivel de acuerdo respecto a que las mascotas, principalmente perros y gatos, proveen proximidad, promueven sentimientos positivos como alegría que hacen que la gente se sienta menos sola, bienestar, seguridad, y propician oportunidades para desplegar cuidados y compromiso (Crawford et al., 2006; Sable, 2013).

Un apego intenso hacia el animal de compañía tendría consecuencias para ambos. Por ejemplo, se ha relacionado con menos probabilidad de abandono de mascotas en evacuaciones (Heath, Beck, Kass, & Glickman, 2001; Heath, Voeks, & Glickman, 2001) y mayor satisfacción con el comportamiento del animal (Serpell, 1996a). Puntajes altos en apego hacia el animal de compañía, y aún más en la compatibilidad entre ambos, mostró una asociación con la salud mental de los propietarios (Budge, Spicer, & St. George, 1998). Los propietarios que obtenían puntajes bajos en apego evitativo tendían a experimentar una reducción en la presión sanguínea mientras realizaban un tarea estresante, sea que sus mascotas estuvieran presentes o bien que pensarán en ellas (Zilcha-Mano et al., 2012). Asimismo, cabe señalar que se ha encontrado que la relación entre apego a la mascota, bienestar y salud es compleja, y puede ser inconsistente entre distintos grupos poblacionales (Duvall Antonacopoulos & Pychyl, 2010; Garrity, Stallones, Marx, & Johnson, 1989; Stallones, Marx, Garrity, & Johnson, 1990).

Factores culturales, grupales e individuales en la interacción humano-animal

Se ha encontrado relación entre las actitudes de las personas hacia los animales y factores culturales, socioeconómicos y demográficos, la edad de

la persona, sexo, ocupación, ingresos, origen étnico, área de residencia, nivel educativo y orientación religiosa (Kellert, 1993).

Las actitudes humanas hacia los animales a menudo aparecen como extraordinariamente variables y arbitrarias entre distintas culturas (Serpell, 1996b), y el valor que otorgamos a los animales y el alcance de nuestras consideraciones positivas o negativas hacia ellos, determinan su bienestar y supervivencia (Serpell & Paul, 1994). Los animales son vendidos como productos costosos, usados como alimento, vestimenta, aniquilados como alimañas dañinas y cazados por deporte. Pero también son tratados como miembros de la familia, usados como la causa célebre de un movimiento social, y se les da lugar en el arte, el cine y la poesía (Arluke & Sanders, 1996). Aún dentro de una misma especie, las categorías que asignemos a ciertos animales y a la relación que tenemos con ellos determinará su destino (Miller, 2011).

Para entender nuestras diferencias culturales en relación a los animales Serpell (2004) planteó que nuestra actitud se reduce a dos dimensiones: (1) el afecto, que va del amor y la simpatía al miedo y la repugnancia, y (2) la utilidad, que puede variar de útil y beneficiosa para los intereses humanos a inútil y perjudicial para nuestros intereses. De este modo en Arabia Saudita suele menospreciarse a los perros, los cuales repugnan y perjudican los intereses humanos; mientras que en la selva de Ituri, África, sostienen un afecto negativo hacia ellos, los golpean y no los alimentan, pero les resultan de gran utilidad para la cacería (Herzog, 2012).

En un estudio realizado en 60 culturas se encontró que los animales de compañía más comunes eran los perros, seguidos por los pájaros y gatos; presentando similitudes y diferencias entre culturas, tanto en interacciones positivas como negativas en cuanto hábitos de cuidado, como en funciones, por ejemplo, como miembros de las familias o alimento (Gray & Young, 2011).

Las preferencias respecto a los animales de compañía, particularmente en cuanto a razas de perros, han sido encontradas variables a través del tiempo de modo azaroso e impredecible de acuerdo a ‘caprichos culturales’, explicados a través de las leyes de potencias puestas en juego por la influencia mutua ejercida por las personas en grandes poblaciones (Herzog, 2006; 2012; Herzog, Bentley, & Hahn, 2004).

Un grupo ocupacional que ha sido particularmente estudiado está compuesto por los profesionales y estudiantes ligados a medicina veterinaria. Los cuales fácilmente pueden quedar atrapados entre intereses contrapuestos de clientes humanos y pacientes animales, debiendo desplegar distintas estrategias como racionalización y desensibilización para resolver situaciones inherentes a su práctica, como la eutanasia o la castración de animales de granja sin anestesia (Sanders, 1999; Swabe, 2000). Una

investigación con estudiantes de veterinaria encontró que el año de estudio estaba relacionado con la percepción de la capacidad de sentir de perros, gatos y vacas; y que los estudiantes de los últimos años tenían menores puntajes (Paul & Podberscek, 2000). La racionalización y el desplazamiento de la culpa también han sido encontrados en empleados de las perreras que deben practicar eutanasia (Frommer & Arluke, 1999) y en investigadores que trabajan en laboratorios con animales (Herzog, 2012). Un estudio mostró que un grupo de estudiantes de medicina antes de asistir a un laboratorio donde se manipulaba quirúrgicamente y luego sacrificaba perros, muchos estudiantes manifestaban malestar y consideraciones morales al respecto; y que posteriormente realizaban un cambio de actitud favorable respecto del laboratorio. Los autores sugirieron que el mecanismo implicado en la neutralización moral estaba ligado a la negación de la responsabilidad (Arluke & Hafferty, 1996).

Respecto a la religiosidad se ha encontrado la intensidad de la creencia en Dios o en la vida después de la muerte fuertemente asociada a una dicotomía, más que a una continuidad, entre humanos y animales (Amiot & Bastian, 2014). Nuestra cultura, de tradición judeo-cristiana, promueve una concepción antropocéntrica del mundo, y un distanciamiento de los animales y del mundo natural (Serpel, 1996b). De este modo se ha encontrado que las personas con creencias religiosas más fundamentalistas mostraban menor apoyo a los derechos de los animales, en comparación con personas menos religiosas (DeLeeuw, Galen, Aebersold, & Stanton, 2007) menor interés ambiental (Schultz, Zelezny, & Dalrymple, 2000) y mayor tendencia al antropocentrismo (Snodgrass & Gates, 1998).

Se ha estudiado la personalidad de quienes tienen mascotas comparándola con aquellos que no las tienen. Mientras que algunos estudios encontraron que los propietarios de animales de compañía obtenían menores puntajes en Neuroticismo (Paden-Levy, 1985), mayores puntajes en aspectos ligados Responsabilidad (Kidd & Feldman, 1981), y Extraversión (Joubert, 1987), otros estudios no encontraron diferencias (e.g. Cameron & Mattson, 1972; Johnson & Rule, 1991).

También se intentó encontrar diferencias en la personalidad de los dueños de mascotas de acuerdo al tipo de animal del que se tratara. Al evaluar si existen diferencias entre quienes se definen como ‘amante de los perros’ o ‘amante de los gatos’ Goslin, Sandy y Potter (2010) encontraron que los primeros puntuaban más alto en Extraversión, Amabilidad y Responsabilidad, y los segundos más alto en Neuroticismo y Apertura a nuevas experiencias. Sin embargo, las diferencias en la puntuación de personalidad eran relativamente pequeñas, a excepción de las medidas de Extraversión que eran moderadas (Herzog, 2012). Más recientemente otro estudio encontró que quienes se definieron como amantes de los perros

también habían obtenido puntajes más altos en Responsabilidad, pero contrariamente al estudio anterior también habían puntuado más alto en Neuroticismo (Reevy & Delgado, 2014). Particularmente en una población de adultos mayores se encontró que los resultados acerca de estas características básicas de personalidad no podían predecir la tenencia de qué tipo de mascota —aunque una proporción mayor de hombres introvertidos eran tenedores de gatos en comparación con los extrovertidos (Enmarker, Hellzén, Ekker, & Berg, 2013).

Podberscek y Gosling (2005) hicieron una revisión extensa sobre la temática y concluyeron que no hay evidencia clara de que los propietarios y los no propietarios, y los propietarios de un particular tipo de mascota, sean diferentes en términos de su personalidad.

Las diferencias de género también fueron estudiadas en relación a los animales. Un estudio encontró que niños y niñas mostraban igual grado de interés hacia las mascotas (Melson & Fogel, 1996), y que hombres y mujeres no mostraban diferencias en los comportamientos de juego y cuidados físicos al interactuar con sus mascotas (Prato-Previde, Fallani, & Valsecchi, 2006), ni en su comportamiento en la sala de espera de la veterinaria (Mallon, 1993). Herzog (2007) realizó una revisión sobre los estudios acerca de las diferencias entre las relaciones afectivas que hombres y mujeres tenían con sus animales de compañía y las actitudes hacia los animales, y concluyó que las mismas resultaban muy poco significativas en interacciones habituales, como por ejemplo, en cuanto al apego a los animales de compañía. Sin embargo, existía una marcada diferencia en cuanto a los comportamientos más extremos: con el abuso de los animales del lado de los hombres, y el activismo en defensa de los animales del lado de las mujeres.

La relación humano-animal y su influencia en la salud y el bienestar

El desarrollo de reciente investigación en antrozoología produjo un rápido crecimiento sobre el entendimiento acerca de los beneficios que reporta la tenencia de animales de compañía (McCune et al., 2014) y éste fue uno de los temas que recibió mayor interés, lo que se vio reflejado en un mayor incremento en el número de publicaciones dentro del área en los últimos treinta años (Hosey & Melfi, 2014). La idea de que vivir con un animal puede mejorar la salud humana, el bienestar psicológico y aportar a la longevidad ha sido llamada ‘efecto mascota’ (Allen, 2003), y comprendería aspectos fisiológicos, psicológicos, psicosociales y terapéuticos (Gómez, Atehortua, & Orozco, 2009).

La investigación sobre estos beneficios se encuentra en un estadio temprano de desarrollo, pero ya se han obtenido una variedad de hallazgos interesantes (Serpell, 2003). Algunos de los más renombrados se resumen en

la tabla 1 (para una revisión ver Wells 2009; Friedmann, Thomas, & Eddy, 2005).

Tabla 1 *Efectos positivos de la tenencia de mascotas en la salud y bienestar humano*

Efecto	Estudios
Mayor supervivencia después de infartos	Friedmann, Katcher, Lynch, & Thomas, 1980; Friedmann & Thomas, 1995
Menores niveles de cortisol y triglicéridos	Anderson, Reid, & Jennings, 1992
Reducción en niveles de presión sanguínea al acariciar un animal	Vormbrock & Grossberg, 1988
Reducción en niveles de presión sanguínea al realizar una tarea estresante, en adultos, niños y adultos mayores, en presencia de un perro	Allen, Blascovich, & Mendes, 2002; Friedmann, Thomas, Cook, Tsai, Picot, 2007; Friedmann, Katcher, Thomas, Lynch, & Messent, 1983
Menor cantidad de consultas médicas realizadas y menores problemas médicos menores	Headey & Grabka, 2005; Serpell, 1991; Siegel, 1990
Mayor autoestima, menor sensación de abatimiento y mayor percepción de capacidad y autoeficacia	Beals, 2009; Convert, Whiren, Keith, & Nelson, 1985; Zylcha-Mano et al., 2012
Incremento y facilitación de interacciones sociales	Charles & Davies, 2008; Guéguen & Ciccotti, 2008; Hart, Hart, & Bergin, 1987; McNicholas & Collis, 2000; Robins, Sanders & Cahill (1991); Wodd, Giles-Corti, Bulsara, & Bosch, 2007
Incrementos en niveles de oxitocina en humanos y animales	Handlin, Nilsson, Ejdeback, Hybring-Sandberg & Uvnas-Moberg (2012); Odendaal & Meintjes (2003)

Estos estudios han sido sometidos a diversos cuestionamientos metodológicos (ver Herzog, 2011; Islam & Tower, 2013; McNicholas et al., 2005), y es posible también que en cierta medida la evidencia de efectos nulos o negativos de estos animales sobre la salud y el bienestar humano reciban menos interés y difusión (Herzog, 2012). Aún así, diversos autores consideran que la evidencia resulta convincente como para afirmar la existencia de los efectos positivos (e.g. Oyama & Serpell, 2013; Sable, 2013; Walsh, 2009a). Resta esclarecer también por qué la interacción con animales de compañía podría tener esos efectos positivos (Hosey & Melfi, 2014). Una de las teorías mejor sustentadas al respecto plantea que algunos de los beneficios en la salud conferidos por las mascotas son, al menos en parte, derivados de su rol como proveedores de apoyo social, y que este apoyo

actúa como un amortiguador contra el estrés de la vida diaria (Allen, Shykoff, Joseph, & Izzo, 2001; Allen et al., 2002; Kikusui, Winslow, & Mori, 2006, McCune et al., 2014).

Estos estudios se refieren a las interacciones entre las personas y sus animales de compañía, entendiendo a éstos como animales mantenidos fundamentalmente por motivos sociales, emocionales o sentimentales, y no por motivos económicos o prácticos. Si bien es posible que ambas categorías se superpongan como en el caso de los perros guía (Serpell & Paul, 2011), existe una clara distinción entre el uso recreacional de los animales y su utilización dentro de marcos terapéuticos, siendo este último el caso de las intervenciones asistidas por animales (Kruger & Serpell, 2006).

Respecto a la implementaciones de animales con fines terapéuticos se destaca como precursor a Levinson⁶⁵, quien habría sentado las bases para que este campo comenzara a desarrollarse en 1964 (Herzog, 2012) y continúe actualmente en crecimiento. En la actualidad la incorporación de animales en el campo de la salud se denomina Intervenciones Asistidas por Animales (IAA) y este término incluye: Actividades Asistidas por Animales (AAA) y la Terapia Asistida por Animales (TAA; Fine, 2010). Kruger y Serpell (2006) sugieren tomar las definiciones aportadas por *Pet Partners* (sf). Las AAA son aquellas acciones básicamente casuales, conocidas como ‘conocer y saludar’, y que tienen por objetivo visitar a personas en ámbitos como hospitales, residencias geriátricas, escuelas y hospicios. La misma actividad puede repetirse con gran cantidad de personas. La TAA se define como una intervención que tiene una meta, propiciada por profesionales especializados en salud humana y que se desarrolla en el ámbito de la

⁶⁵ En la historia del empleo de animales con fines terapéuticos el hito fundamental que da estatuto de intervención a este tipo de prácticas es el casual descubrimiento realizado en por el psiquiatra infantil Boris Levinson. Hacia 1953 este profesional recibió en su consulta privada a un niño; su perro Jingles saludó al pequeño con una lamida y este le respondió con un abrazo. En sesiones anteriores este paciente había sido retraído e incomunicativo; en el transcurso de la sesión el niño manifestó su deseo de volver a jugar con el can (Levinson, 1969; Urichuk & Anderson 2003). Este hecho fortuito llevó a Levinson a transferir esta experiencia con algunos niños resistentes al trabajo terapéutico los cuales adoptaban una actitud más abierta luego de jugar con Jingles, su perro (Herzog, 2012). Y consecuentemente Levinson se dedicó a investigar acerca de esta temática y en los años 60 publica su primer libro *Pet-Oriented Child Psychotherapy*. En esta obra acuñó el término “terapia con mascotas”, designó formalmente el tipo de intervención, los beneficios del vínculo humano-animal y el rol que ocupaban los animales, co-terapeuta (Levinson, 1969). El autor señala que el animal de compañía facilita el desarrollo de confianza en el entorno terapéutico tanto en niños como en adultos ya sean instucionalizados o no (Levinson, 1972). Por consiguiente Levinson es considerado el precursor de la terapia asistida con animales y así mismo el principal exponente que focaliza en la necesidad de crear un riguroso criterio de selección, entrenamiento y utilización terapéutica de los animales (Cirulli, Borgi, Berry, Francia, & Alleva, 2011; Kruger & Serpell, 2006; Urichuk & Anderson, 2003).

práctica de su profesión, cuyo diseño se orienta a promover una mejora en el funcionamiento: físico, social, emocional y/o cognitivo. Las diferencias entre AAA y TAA se muestran en la tabla 2.

Tabla 2 *Comparación entre las AAA y la TAA*

Características	AAA	TAA
Cualidad de la intervención	Casual ‘conocer y saludar’ actividades que involucran animales que visitan a personas	Parte significativa del tratamiento para mucha gente que está incapacitada: físicamente, socialmente, emocionalmente o cognitivamente
Objetivos-Metas	No hay objetivos específicos de tratamiento	Objetivos establecidos para cada sesión
Tipo de Actividad	Una misma actividad se puede utilizar con muchas personas	Tratamiento individual para cada paciente
Tomado de Notas	Notas detalladas es innecesario	Notas sobre el progreso de cada paciente son tomadas en cada sesión
Tipo de visita	De contenido espontáneo	Programada, usualmente a intervalos fijos
Duración de visita	Puede ser tan larga o corta como se desee	Está predeterminada a las mejores necesidades de ajuste del paciente

Nota: Aunque las AAA pueden tener sólo una de estas seis características, la TAA debe tener las seis. Adaptado de Pet Partners (sf).

La TAA no sólo implica el uso de un animal o animales, sino que además posee metas y objetivos específicos para cada progreso individual, el cual es estrictamente consignado y medido (Cirulli et al., 2011; Kruger & Serpell, 2006; Urichuk & Anderson 2003).

El desarrollo de investigaciones científicas en el ámbito de las IAA se ha desarrollado en niños, adolescentes, adultos y gerontes, con diversas patologías, con resultados alentadores. Por ejemplo, pacientes psiquiátricos hospitalizados mostraron menores niveles de ansiedad luego de una sesión de terapia asistida con perros; mientras que una sesión recreativa con perros sólo evidenció el mismo efecto para los pacientes con trastornos del estado anímico (Barker & Dawson, 1998). La exposición breve a la interacción con un perro de terapia se mostró efectiva para reducir el número de comportamientos de agitación en personas institucionalizadas con diagnóstico de enfermedad de Alzheimer, particularmente durante el

sundown; a su vez se relacionó con un incremento en los comportamientos de socialización entre estos pacientes (Churchill, Safaoui, McCabe, & Baun, 1999). Resultados similares se encontraron en estos pacientes tras la incorporación de un perro permanentemente en una institución residencial (McCabe, Baun, Speich, y Agrawal, 2002) y mediante la exposición a perros en domicilios particulares de estas personas (Fritz, Farver, Kass, & Hart, 1995).

En pacientes geriátricos institucionalizados, las IAA con perros también se relacionaron con una mejoría sobre el estado de inactividad y habilidades sociales (Berry et al., 2012), disminución de sentimiento de soledad (Banks & Banks, 2002), y disminución de síntomas depresivos e incremento del bienestar psicológico (Colombo, Dello Buono, Smania, Raviola, & De Leo, 2006).

Las IAA se relacionaron a un incremento de la capacidad de percepción de emociones y empatía en adolescentes con dificultades emocionales (Jiménez, Hernández, & Ramírez, 2012). En niños con trastornos del espectro autista se encontró que la presencia de los canes se asociaba con una reducción de hasta un 58% en los niveles de cortisol al despertar (Viau et al., 2010)

En una revisión realizada sólo con estudios que incluían grupos control y tamaños de muestra adecuados, Nimer y Lundahl (2007) encontraron que las IAA estaban asociadas consistentemente a importantes beneficios en trastornos de espectro autista, y moderados efectos beneficiosos sobre medidas de ansiedad, depresión y conductuales.

Los animales en las familias humanas

La familia puede pensarse como un sistema relacional reglado, que supera y articula entre sí los componentes individuales, en el que cada parte tiene su importancia en el funcionamiento. Las funciones que desempeña cada una producen un acople estructural del que deviene la funcionalidad del sistema (Ceberio, 2006). Este sistema puede limitarse a un pequeño grupo o puede extenderse para incorporar miembros de la familia extensa, e inclusive no familiares y mascotas (Bowen, 1978/1993, p. 123).

Si bien los propietarios de animales de compañía tiende a considerarlos como miembros de la familia (Cain, 1895; Cohen, 2002; Faver & Cavazos, 2008) su estatus de familia queda confirmado por las interacciones que tienen con las personas (Serpell & Paul, 2011). En Ciudad de Buenos Aires por ejemplo, se encontró que cotidianamente entre los tenedores de animales: 99% hablaba con ellos; 98% les jugaba; 60,4% les hacía regalos; 89,9% les sacaba fotos; y 53,1% les permitía dormir en su cama (Bovisio, Cicuttin, et al., 2004).

La incorporación de un nuevo miembro a la familia implica un proceso de adaptación a las reglas que ese miembro debe realizar, pero también el sistema debe modificarse para poder incluir a ese miembro (Minuchin, 1977). Este doble proceso fue encontrado en familias que incorporaban perros, donde éstos últimos aprendían y se adaptaban a las reglas humanas, pero también los humanos realizaban esfuerzos por incluir a los perros como perros en las rutinas; y a su vez los perros, lejos de adoptar una actitud pasiva de adaptación, ejercían activamente modificaciones en la familia (Power, 2008). Si bien los animales de compañía deben adaptarse a una historia familiar previa, éstos también se forjan su rol en la familia (Schvaneveldt et al., 2001).

Las mascotas ocupan un lugar que presenta superposiciones pero que es diferente al de los humanos en la familia, pudiendo satisfacer algunas necesidades que estos vínculos humanos satisfacen, pero a su vez pueden ofrecer beneficios, a través de su consistencia y presencia no enjuiciadora, que los humanos no podrían proveer (Cohen, 2002). En tanto los costos interactivos y emocionales suelen resultar relativamente bajos, la tenencia de animales de compañía puede resultar altamente rentable (Schvaneveldt et al., 2001).

La incorporación de un animal a la familia puede modificar la dinámica relacional de ésta (Cavanaugh, Leonard, & Scammon, 2008). Se ha observado que las mascotas pueden dar lugar a la formación de triangulaciones: En un estudio el 44% de los participantes indicó que esto sucedía esporádicamente, mientras que el 8% indicó que esto sucedía siempre (Cain, 1985). En triangulaciones estos animales puede ser utilizados para la expresión de sentimientos de celos, rabia, control, culpa y temor (Walsh, 2009b), o bien ellos pueden intervenir por su propia agencia para detener situaciones de tensión (Cain, 1985). Las mascotas también pueden ocupar un lugar en las disputas en divorcios y en la compleja reorganización relacional en la formación de familias ensambladas (Walsh, 2009b).

Los animales también pueden ser víctimas de violencia y abusos, y los vínculos intensos entre personas y animales pueden ser explotados en familias que experimenten violencia doméstica (Wakefield, 2014). Mujeres que habían sido víctimas de violencia doméstica tenían mayor probabilidad de indicar que sus parejas habían lastimado o matado mascotas (Ascione et al, 2007); y finalmente tanto víctimas como victimarios humanos tenían mayor probabilidad de haber abusado de animales (Baldry, 2005; Volant, Johnson, Gullone, y Coleman, 2008). La asociación entre violencia hacia animales y violencia hacia humanos se ha llamado 'The Link', y si bien existen pruebas de la relación resta determinar la intensidad y los motivos de la misma (Herzog, 2012).

La pérdida del animal de compañía también ha recibido la atención de los investigadores. Empíricamente se halló que la experiencia de duelo era similar a la provocada por la pérdida de un vínculo humano, pero con el agregado de la falta de apoyo social (Gerwolls & Labott, 1994). Incluso el estudio planteado por Adams, Bonnett, y Meek (2000) halló que el 30% de los participantes que habían perdido a su mascota recientemente experimentaba síntomas severos de duelo. La gravedad de los síntomas ha mostrado una clara asociación con los niveles de apego del tenedor hacia su animal de compañía (Wrobel & Dye, 2003). Otros factores relacionados con mayor sintomatología fueron el sexo femenino, edad juvenil y vivir solo (McCutcheon & Fleming, 2001).

Asimismo las necesidades de la familia frente a esta pérdida pueden variar dependiendo del rol que el animal desempeñaba (Turner, 2005). Se ha teorizado que, por ejemplo, si la mascota desempeñaba una función crucial en las dinámicas de una pareja o familia, su pérdida puede llevar a una desestabilización del sistema relacional. O también, si el animal habría ayudado a transitar períodos conflictivos, tales como enfermedades, divorcios o mudanzas, la pérdida de la mascota puede reactivar esas pérdidas previas (Walsh, 2009b). A su vez, la falta de apoyo frente a la necesidad de expresión de duelo puede generar desconcierto y estrés (Schvaneveldt et al., 2001).

Discusión

Por qué estudiar las relaciones entre personas y animales? ¿Para qué sirve? En principio debe destacarse la habilidad única de la antrozoología para crear puentes teóricos y conceptuales que no sólo enlazan disciplinas ampliamente distanciadas, sino que también tiende un puente sobre la brecha entre el mundo de los humanos y la vida del resto del planeta (Podbersek, Paul, & Serpell, 2005).

En las sociedades occidentales se evidencia un claro cambio en las actitudes hacia los animales, por ejemplo, se alzan fuertes cuestionamientos acerca de su utilización en experimentación biomédica o el consumo de su carne. Incluso la división social generada por el debate acerca del estatus moral de los animales es tal, que el movimiento radical en defensa de los derechos de los animales es considerado por el FBI como la peor amenaza terrorista en Estados Unidos (Herzog, 2012). Se hace necesario abrir el debate y poder establecer criterios consensuados y confiables sobre la utilización de animales en laboratorios. Un estudio mostró que protocolos de investigaciones con procedimientos invasivos sobre animales que habían sido aprobados por un comité de ética, eran mayormente desaprobados al ser sometidos a la evaluación por un segundo comité (Plous & Herzog, 2001).

El cambio en las actitudes hacia los animales se ha relacionado particularmente a una disminución en el pensamiento antropocéntrico, a un acercamiento a los animales, y a la tenencia de mascotas (Serpell & Paul, 1994). Por ejemplo en la Ciudad de Buenos Aires se observó un incremento en la tenencia de mascotas, pasando de un perro cada 7.45 personas a uno cada 6.52, y de un gato cada 24.55 personas a uno cada 13.43 personas en un período de diez años comprendido entre 1994 y 2004 (Anderson et al., 1996; Bovisio, Fuentes, et al., 2004).

Ahora bien, los vínculos intensos que las personas forman con estos animales llevan a incorporarlos como miembros de sus familias, habilitando el acceso a la intimidad del hogar y proximidad física. Estas relaciones pueden resultar sumamente beneficiosas para los humanos y animales implicados, por lo que combatir aquellos riesgos relacionado a la tenencia de animales (enfermedades zoonóticas, rasguños, mordeduras, caídas) no debe conducir a desalentar estos vínculos. Se hace necesario fomentar la educación acerca la prevención de enfermedades zoonóticas y accidentes, incluso fomentar la educación y la accesibilidad a los medios y recursos de atención veterinaria para desarrollar en la práctica la noción de ‘tenencia responsable’ de animales, que compete a propietarios y veterinarios (ver Acero Plazas, Gil Tibocha, Gutiérrez Vélez, & Porto Peralta, 2014) como así también al estado.

Otra de las cuestiones a considerar es el control de la fauna urbana ya que este también tiene profundas implicaciones para la salud humana. Tal como propone la Unidad de Salud Pública Veterinaria, que exhorta a los estados a propiciar políticas públicas para la vigilancia, prevención y control de zoonosis de importancia en salud pública; y para la promoción de la protección ambiental en relación con los riesgos potenciales para la salud pública derivados de la producción animal y la tenencia de mascotas (Ruiz & Estupiñan, 1992).

La psicología tardíamente ha reconocido la importancia de los vínculos entre las personas y sus animales de compañía en áreas como la práctica, la teoría clínica y la investigación (Walsh, 2009a, Fine 2010). Han sido los psicoterapeutas familiares los primeros que reconocieron el rol significativo de las mascotas como miembro de la familia con el propósito de conceptualizar la familia como un todo (Cain, 1985); pero en terapia familiar, en lo referente a su práctica y formación, se ha proporcionado escasa atención a los vínculos entre personas y animales (Walsh, 2009b). Albert y Bulcroft (1988) manifestaron que posiblemente la figura de las mascotas fue desestimada por las dificultades de los científicos sociales — objetivos y racionales— para valorar a los animales de compañía como miembros potenciales del sistema familiar.

Desde esta perspectiva las mascotas pueden suministrar información relevante sobre el modo en que el sistema familiar está organizado o desorganizado (Cain, 1985); asimismo, la evaluación de los roles que ocupan las mascotas debe orientar las decisiones de los psicoterapeutas sobre la decisión de incluir a los animales, y cómo hacerlo, en sus intervenciones terapéuticas (Faver & Cavazos, 2008).

Situar al animal en el sistema familiar puede realizarse a partir de la observación o bien a partir de preguntas acerca de la ubicación física del animal en el ambiente individual o familiar. Por ejemplo, dónde come, duerme o pasa la mayor parte del tiempo el animal se correlaciona con su rol en el sistema. Además indagar acerca de qué cosas hace el animal y cómo contribuye su presencia o ausencia a los procesos familiares, sirve para evaluar la función que el animal cumple en el sistema familiar. Asimismo, puede indagarse: ¿Cómo describirían su relación entre ellos mismos, su animal/es, y los otros miembros del sistema familiar? ¿Quién tiene la responsabilidad del cuidado del animal? ¿Hasta qué punto son considerados en las decisiones y transiciones familiares? Esto permite evaluar las dinámicas familiares relacionadas con la estabilidad, expectativas y reglas familiares; particularmente acerca de cómo se representan los conflictos, la cooperación y las crisis (MacNamara & Moga, 2014). La relevancia de comprender el rol de los animales con los que las personas interactúan cotidianamente está basada en principio por el significado simbólico que las personas ligán a estos animales (Schvaneveldt et al., 2001), los cuales resultan cada vez más valiosos en la vida familiar (Walsh, 2009b).

En la actualidad el amplio desarrollo en la investigación antrozoológica generó un importante crecimiento en la comprensión y conocimiento de los beneficios que aporta la tenencia de mascotas (McCune et al., 2014). Sin embargo, este campo de investigación ha recibido un escaso reconocimiento del campo de la medicina (Oyama & Serpell, 2013) desde donde los beneficios cardiovasculares informados por la interacción con animales, o la motivación para el autocuidado y para la realización de actividad física, podrían resultar muy provechosos. Cabe señalar que tampoco se trata prescribir el contacto con animales indiscriminadamente y que la decisión de adoptar un animal debe realizarse considerando no sólo los potenciales beneficios, sino también las responsabilidades y costos por el tiempo de vida del animal. Así también, las IAA requieren de profesionales especializados, además del establecimiento de tratamientos estrictamente protocolizados y basados en evidencia, tal como propone la OMS.

Las consideraciones también alcanzan el campo del trabajo social. Sable (1995, 2013) enfatizó la importancia de la formación de estudiantes y profesionales pertenecientes al trabajo social, en referencia al significado que los animales de compañía tienen para muchas personas. Asimismo, el

progresivo reconocimiento de los beneficios que los animales proveen a las personas también tiene significativas implicaciones en el campo del trabajo social. Al realizar evaluaciones, los profesionales con frecuencia indagan acerca de las personas importantes en las redes de parentesco y sociales, pero no suelen considerar a los animales de compañía (Walsh, 2009b); lo cuales pueden suministrar oportunidades para el cuidado e intimidad, semejantes a las provistas que por miembros saludables de la familia (Cohen, 2002). Incluir una evaluación centrada en la funcionalidad de las mascotas puede resultar de vital importancia; al ignorarla puede perderse información vinculada con amenazas y aliados potenciales. De este modo, por ejemplo, una mujer víctima de violencia doméstica podría negarse a mudarse a refugio porque no puede llevar su mascota con ella, aunque sienta vergüenza para plantear esa situación (Turner, 2005).

En cuanto al maltrato y la crueldad hacia los animales también se constituyen en indicadores importantes, tal es el caso del Trastorno de la conducta (Asociación Americana de Psiquiatría, 2013) en referencia a los Trastornos destructivos de la conducta. Por tanto resulta de suma importancia fomentar la detección de estos indicadores y de un dispositivo de acción que incluya tanto a veterinarios, educadores y profesionales de la salud humana.

Por último, es a través de las relaciones sociales que encontramos nuestra verdadera conexión con otros, independientemente de si esos otros son humanos o no humanos. Ubicados como estamos al borde de una catástrofe ambiental, la importancia de establecer y reforzar este sentido de conexión e identidad con otras vidas puede ser de vital importancia (Podberscek, Paul, & Serpell, 2005).

Conclusion

En el pasado la medicina, psicología, sociología, antropología y las humanidades han sido las responsables de estudiar a los humanos aislados, como si nuestra especie de alguna manera hubiera evolucionado en ausencia de interacciones con nadie ni nada que no fuera humano. La existencia de relaciones con seres fuera de este dominio estrictamente “humano” era negada o descartada (Podberscek, Paul, & Serpell, 2005).

A lo largo de este trabajo se buscó plasmar múltiples variables intervinientes en la interacción humano-animal con el objetivo de reflexionar acerca de la utilidad y de las posibilidades de implementación práctica por profesionales de la salud. Para esto se revisaron trabajos desarrollados dentro del amplio y variado campo de la antrozoología, la cual plantea un abordaje interdisciplinar centrado en el estudio del entramado interaccional entre humanos y otras especies.

La perspectiva interdisciplinar que aporta dicho enfoque se constituye en un punto de inflexión que habilita la acción mancomunada de los investigadores enfocados en la interacción humano-animal. En este estado de cosas “la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico” (Morin, 1998, p. 32). Es ahí en donde se demanda cierta apertura para incitar a la vinculación con otras disciplinas; esto permitirá la construcción de nuevas metodologías y técnicas de trabajo.

References:

- Adams, C. L., Bonnett, B. N., & Meek, A. H. (2000). Predictors of owner response to companion animal death in 177 clients from 14 practices in Ontario. *Journal of the American Veterinary Medical Association*, 217(9), 1303-1309.
- Ainsworth, M. D. S. (1969). Object relations, dependency, and attachment: A theoretical review of the infant-mother relationship. *Child development*, 969-1025.
- Allen, K. (2003). Are pets a healthy pleasure? The influence of pets on blood pressure. *Current Directions in Psychological Science*, 12(6), 236-239.
- Allen, K., Blascovich, J., & Mendes W.B. (2002). Cardiovascular reactivity and the presence of pets, friends, and spouses: The truth about cats and dogs. *Psychosom. Med.* 64:727–739.
- Allen, K., Shykoff, B.E., Joseph J., & Izzo L. (2001). Pet ownership, but not ACE inhibitor therapy, blunts home blood pressure responses to mental stress. *Hypertension* 38:815–820
- Cohen, S. P. (2002). Can pets function as family members?. *Western Journal of Nursing Research*, 24(6), 621-638.
- Covert, A. M., Whiren, A. P., Keith, J., & Nelson, C. (1985). Pets, early adolescents, and families. *Marriage & Family Review*, 8(3-4), 95-108.
- DeLoache, J. S., Bloom Pickard, M., & LoBue, V. (2011). How very young children think about animals. En P. McCardle, S. McCune, J. A. Griffin, & V. Maholmes (Eds.), *How animals affect us: Examining the influence of human–animal interaction on child development and human health* (pp. 85–99). Washington, DC: American Psychological Association.
- DeLoache, J. S., & LoBue, V. (2009). The narrow fellow in the grass: Human infants associate snakes and fear. *Developmental science*, 12(1), 201-207.
- DeMello, M. (2012). *Animals and society: an introduction to human-animal studies*. Columbia University Press.
- Deputte, B. L., & Doll, A. (2011). Do dogs understand human facial expressions?. *Journal of Veterinary Behavior: Clinical Applications and Research*, 6(1), 78-79.

- Duvall Antonacopoulos, N. M., & Pychyl, T. A. (2010). An examination of the potential role of pet ownership, human social support and pet attachment in the psychological health of individuals living alone. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 23(1), 37-54.
- Enmarker, I., Hellzén, O., Ekker, K., & Berg, A. G. T. (2013). Personalities and health in older cat and dog owners: A HUNT-study. *Health*, 2013.
- Epley, N., Akalis, S., Waytz, A., & Cacioppo, J. T. (2008). Creating social connection through inferential reproduction loneliness and perceived agency in gadgets, gods, and greyhounds. *Psychological Science*, 19(2), 114-120.
- Ruiz, A., y Estupiñan, J. (1992). Organización de los servicios de salud pública veterinaria en América Latina y el Caribe. *Rev. sci. tech. Off. int. Epiz*, 11(1), 117-146.
- Faver, C. A., & Cavazos, A. M. (2008). Love, Safety, and Companionship: The Human-Animal Bond and Latino Families. *Journal Of Family Social Work*, 11(3), 254-271.
- Fine, A. H. (Ed.). (2010). *Handbook on animal-assisted therapy: Theoretical foundations and guidelines for practice*. Academic Press.
- Fridlund, A. J., & MacDonald, M. (1998). Approaches to Goldie: a field study of human approach responses to canine juvenescence. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 11(2), 95-100.
- Friedmann, E., Katcher, A. H., Lynch, J. J., & Thomas, S. A. (1980). Animal companions and one-year survival of patients after discharge from a coronary care unit. *Public health reports*, 95(4), 307.
- Friedmann, E., Katcher, A. H., Thomas, S. A., Lynch, J. J., & Messent, P. R. (1983). Social interaction and blood pressure: Influence of animal companions. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 171(8), 461-465.
- Friedmann, E., Thomas, S. A. (1995). Pet ownership, social support, and one-year survival after acute myocardial infarction in the Cardiac Arrhythmia Suppression Trial (CAST). *The American journal of cardiology*, 76(17), 1213-1217.
- Friedmann, E., Thomas, S. A., Cook, L. K., Tsai, C. C., Picot, S. J. (2007). A friendly dog as potential moderator of cardiovascular response to speech in older hypertensives. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 20(1), 51-63.
- Friedmann, E., Thomas, S. A., & Eddy, T. J. (2005). Companion animals and human health: Physical and cardiovascular influences. *Companion animals and us*, 125-142.
- Fritz, C. L., Farver, T. B., Kass, P. H., & Hart, L. A. (1995). Association with companion animals and the expression of noncognitive symptoms in

alzheimer's patients. *The Journal of nervous and mental disease*, 183(7), 459-463.

Frommer, S. S., & Arluke, A. (1999). Loving them to death: Blame-displacing strategies of animal shelter workers and surrenderers. *Society & Animals*, 7(1), 1-16.

Garrity, T. F., Stallones, L., Marx, M. B., & Johnson, T. P. (1989). Pet ownership and attachment as supportive factors in the health of the elderly. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 3(1), 35-44.

Gerwolls, M. K., & Labott, S. M. (1994). Adjustment to the death of a companion animal. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 7(3), 172-187.

Handlin, L., Nilsson, A., Ejdebäck, M., Hydbring-Sandberg, E., & Uvnäs-Moberg, K. (2012). Associations between the psychological characteristics of the human–dog relationship and oxytocin and cortisol levels. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 25(2), 215-228.

Hart, L. A., Hart, B. L., & Bergin, B. (1987). Socializing effects of service dogs for people with disabilities. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 1(1), 41-44.

Headey, B., & Grabka, M. M. (2007). Pets and human health in Germany and Australia: National longitudinal results. *Social Indicators Research*, 80(2), 297-311.

Heath, S. E., Beck, A. M., Kass, P. H., & Glickman,

Herzog, H. (2007). Gender differences in human–animal interactions: A review. *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 20(1), 7-21.

Herzog, H. (2011). The Impact of Pets on Human Health and Psychological Well-Being Fact, Fiction, or Hypothesis?. *Current Directions in Psychological Science*, 20(4), 236-239.

Herzog, H. (2012). *Los amamos, los odiamos y... los comemos: Esa relación tan especial con los animales*. Editorial Kairós.

Herzog, H., Bentley, R. A., & Hahn, M. W. (2004). Random drift and large shifts in popularity of dog breeds. *Proceedings of the Royal Society of London. Series B: Biological Sciences*, 271(Suppl 5), S353-S356.

Hosey, G., & Melfi, V. (2014). Human-animal interactions, relationships and bonds: a review and analysis of the literature. *International Journal of Comparative Psychology*, 27(1).

Islam, A., & Towell, T. (2013). Cat and Dog Companionship and Well-being: A Systematic Review. *International Journal of Applied Psychology*, 3(6), 149-155.

- Jiménez, X. O.; Hernández, R. L. y Ramírez, M. T. G. (2012). Terapia asistida por perros en el tratamiento del manejo de las emociones en adolescentes. *Summa Psicológica UST*. 9 (2), 25-33.
- Johnson, T. P., Garrity, T. F., & Stallones, L. (1992). Psychometric evaluation of the Lexington attachment to pets scale (LAPS). *Anthrozoos: A Multidisciplinary Journal of The Interactions of People & Animals*, 5(3), 160-175.
- Joubert, C. E. (1987). Pet ownership, social interest, and sociability. *Psychological Reports*, 61(2), 401-402.
- Joye, Y., & De Block, A. (2011). 'Nature and I are Two': A Critical Examination of the Biophilia Hypothesis. *Environmental Values*, 20(2), 189-215.
- Kahn, P. H. (1997). Developmental psychology and the biophilia hypothesis: Children's affiliation with nature. *Developmental review*, 17(1), 1-61.
- Kellert, S. R. (1993). Attitudes, knowledge, and behavior toward wildlife among the industrial superpowers: United States, Japan, and Germany. *Journal of social issues*, 49(1), 53-69.
- Kidd, A. H., & Feldmann, B. M. (1981). Pet ownership and self-perceptions of older people. *Psychological Reports*, 48(3), 867-875.
- Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1989). Factors in adults' attitudes toward pets. *Psychological Reports*, 65(3), 903-910.
- Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1990). Factors in children's attitudes toward pets. *Psychological Reports*, 66(3), 775-786.
- Kidd, A. H., & Kidd, R. M. (1997). Characteristics and motives of adolescent volunteers in wildlife education. *Psychological reports*, 80(3), 747-753.
- Kidd, A. H., Kidd, R. M., & Zasloff, R. L. (1995). Developmental factors in positive attitudes toward zoo animals. *Psychological Reports*, 76(1), 71-81.
- Kikusui T., Winslow J.T., & Mori Y., 2006. Social buffering: Relief from stress and anxiety. *Philosophical Transactions of the Royal Society*
- household pets: A test of a specificity model of nurturance. *Anthrozoos: A Multidisciplinary*